

ta para entregarse por completo á su odio contra los Hohenstaufen. Un historiador contemporáneo dice que ha leído muchos anales, pero que en ninguna parte ha encontrado entre dos hombres un odio tan inexorable como el que separaba á Federico é Inocencio (1). La pasión extravió al Vicario de Cristo hasta el punto de hacerle olvidar todo sentimiento humano. El Emperador sucumbió en la flor de su edad bajo el peso de una vida llena de tormentos. Inocencio había sido su amigo como cardenal; oigamos las palabras de duelo que le inspiró su muerte: «Regocijense los cielos, escribe á los preladados, á los nobles y al pueblo del reino de Sicilia; estremézcase la tierra de alegría. El rayo y la tempestad, por tanto tiempo suspendidos sobre nosotros, se han convertido por la inefable misericordia de Dios, en fresco rocío y en dulces céfiros. Ha desaparecido de entre los hombres el que golpeaba á la Iglesia con el martillo del perseguidor» (2). Esta alegría salvaje es la condenación de Inocencio, es la condenación del fin que pretendía la Santa Sede. Por ambicionar los papas la dominación del mundo se han infectado de las peores pasiones que agitan los corazones de los hombres. Pero estos pretendidos Vicarios de Cristo, aún queriendo obrar en interés de su poder, no eran más que los instrumentos ciegos de los designios de Dios. Inocencio canta victoria sobre el cadáver del Emperador; no sospecha que al caer el Imperio arrastrará en su caída al Pontificado, y que sobre las ruinas de la monarquía universal se elevarán las naciones, cuya soberanía ha de aniquilar la soberanía usurpada de los sucesores de San Pedro.

§ III.—Los últimos Hohenstaufen.

A pesar de las malas pasiones de Inocencio, la lucha que sostiene contra los Hohenstaufen tiene verdadera grandeza mientras vive su adversario; es admirable el valor indomable del sacerdote,

(1) M. PARIS, *a.* 1248, p. 648.
(2) RAYNALD., *a.* 1251, § 3.

por más que merezcan reprobación los sentimientos que lo inspiran y los medios de que se sirve. Después de la muerte de Federico, todo el interés se vuelve favorable á sus descendientes; nota uno con sorpresa que detesta el odio implacable con que persigue el Papa hasta á los niños en su cuna. Inocencio IV escribe á los Suabos: «El que quería destruir á Cristo en las almas de los fieles, Herodes, no existe ya. Otro Arquelao (Conrado) reivindica la herencia de la tiranía paterna. A la Iglesia vuestra madre toca el guardaros del peligro que nos amenaza, el cubriros con su protección contra los enemigos de Dios. Tenemos motivos para que la posteridad de Federico nos sea sospechosa, como heredera de la perfidia paterna, y porque ha recibido, juntamente con la sangre de sus abuelos, su tiranía salvaje; jamás alcanzará esta raza con el consentimiento de la Santa Sede ni la corona de Alemania, ni el Imperio, ni el ducado de Suabia» (1). En vano alegó Conrado su humilde sumisión (2); Inocencio le rechazó, porque, como hijo de Federico, no podía ser más que enemigo de la Iglesia.

La lucha continuó más furiosa que nunca. El Papa lanza contra Conrado el ejército de frailes mendicantes; les manda predicar la cruzada; prodiga á los cruzados todos los favores espirituales de que cree poder disponer la Santa Sede; si hemos de creer á un contemporáneo, las indulgencias excedían á las de que gozaban los peregrinos de la Tierra Santa (3). El Papa llama á los obispos mismos á las armas. El arzobispo de Maguncia, acusado de mostrar poco entusiasmo por la guerra, respondió que el pillaje, el incendio y la muerte no eran propios de un discípulo del Evangelio. Se le contestó con el ejemplo de sus predecesores; opuso las palabras de Jesucristo: «Envaina tu espada.» Esta defensa evangélica no halló acogida en el Papa; el primado de Alemania fué depuesto por la única razón de que no era un hombre de violencia y de sangre, sino de caridad y de paz (4). ¡Debemos admi-

(1) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, *a.* 1251, § 11.

(2) «*Se dicebat velle mandatis Ecclesie humiliter obedire.*» NIC. DE CURBIO, *Vita Innocent. IV*, § 31 (MURATORI, *Scriptores*, t. III, p. 592).]

(3) No solamente el cruzado, sino también el padre y la madre del cruzado obtenían el perdón de todos sus pecados. M. PARIS, *a.* 1251, p. 713.

(4) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, *a.* 1251, § 12.

rarnos de que el sentimiento moral se pervirtiese hasta el punto de que un obispo y un abad se conjurasen para asesinar á su rey! (1).

No acusamos al Papa de haber provocado el asesinato; pero predicando una guerra á muerte contra los Hohenstaufen se hizo cómplice moral de todos los excesos á que conducía el odio religioso. Conrado murió en la desesperacion, echando en cara á su padre el haberle engendrado, y á su madre el haberle concebido, y acusando á la Iglesia de haber sido para él una madrastra. La muerte trágica de tantos príncipes arrebatados por Dios en la flor de su edad hubiera debió despertar en el jefe de la cristiandad pensamientos graves y tristes: el Papa, al recibir la nueva de la muerte de Conrado, según un contemporáneo, se echó á reír, y exclamó con la alegría en el pecho y el júbilo en la voz: «¡Me alegro mucho, y alégrense conmigo todos los hijos de la Iglesia romana!» (2). El heredero de los Hohenstaufen era un niño de dos años. Inocencio canta victoria; cree no tener más enemigos que combatir. La herencia de los Hohenstaufen está vacante; se despierta la ambicion del Papa; va á poner la mano sobre la Italia y la Sicilia. Para satisfacer esta ambicion se necesita, es verdad, despojar á un huérfano; pero este huérfano es un Hohenstaufen, y para esta raza no hay ni derecho ni piedad. Veamos la política pontificia. Es una triste enseñanza la de la fuerza hollando á la justicia; pero es una leccion que la historia no repetirá nunca demasiado, á fin de que aprendan los pueblos que donde no hay libertad, no hay garantía alguna, ni aún para sus derechos más sagrados.

En una carta dirigida á la cristiandad declara Inocencio tomar bajo su proteccion al último vástago de los Hohenstaufen: «La Iglesia romana vela por la salvacion de todos sus hijos, y aún cuando es misericordiosa con todos, se ha distinguido siempre por los cuidados bienhechores que presta á los huérfanos; siempre ha tomado la defensa de los que no pueden defenderse á sí mismos; ha extendido sobre ellos su mano protectora, los ha tomado en sus

(1) RAYNALD. *a.* 1251, § 8.

(2) M. PARIS, *a.* 1254, p. 768: «*Gaudeo plane et gaudeamus universi Ecclesie romane alumni.*»

brazos y alimentado á sus pechos. Como nuestro querido hijo en Jesucristo, el ilustre Conrado (1), rey de Jerusalem, duque de Suabia y nieto de Federico, actual Emperador, es huérfano y de corta edad, queremos derramar sobre él el favor y la benevolencia apostólica y presentarle un apoyo en la Santa Sede. En su consecuencia, declaramos que el reino de Jerusalem, el ducado de Suabia y los derechos del susodicho Conrado, tanto sobre los Estados italianos como sobre otros países, le serán conservados en su integridad» (2).

Hé aquí un lenguaje digno del jefe de la cristiandad, digno del padre de los fieles; pero las acciones de Inocencio están en completa contradiccion con sus palabras, y por tanto son censurables. Ya ántes de la muerte de Conrado, el Papa, comprendiendo á toda la raza de los Hohenstaufen en la reprobacion con que habia castigado á Federico II, pensó en dar á la Santa Sede la soberanía directa del reino de Sicilia; excitó á los habitantes á la insurreccion, dándoles la seguridad de que quedarian á perpetuidad sometidos á los sucesores de San Pedro (3). Sin embargo, se habian intentado hacia largo tiempo negociaciones con el Rey de Inglaterra para transferir la corona de Sicilia á su hijo, como feudo de la Iglesia romana (4). Seis dias ántes de la muerte de Conrado el legado del Papa firmó el tratado de concesion. Muere Conrado el 21 de Mayo; Inocencio confirma la donacion de la Sicilia, y el 9 de Junio escribe al Rey de Inglaterra para que apresure los preparativos de su expedicion (5). Apénas trascurren algunos meses, y el Papa trata con Manfredo; reconoce los derechos de Conradino, los proclama en una carta dirigida á la cristiandad, sin decir una palabra de la investidura dada al Rey de Inglaterra. ¿Quién es el engañado, Manfredo ó Edmundo? El uno y el otro,

(1) El hijo de Conrado llevaba el mismo nombre de su padre; los Italianos le llamaban *Conradino*.

(2) «*Et alia jura sua, ubicumque illa sive in regno Sicilia, sive alibi habeat, integra et illasa sibi proponimus et volumus conservare.*» (RAYNALD. *Annal. Ecc.*, *a.* 1254, §§ 46, 47.)

(3) CHERRIER, *Historia de la casa de Suabia*, t. III, p. 322 y sig.

(4) RYMER, *Fœdera*, t. I, P. I, p. 304.

(5) El legado del Papa ofreció la corona de Sicilia al hijo de Enrique III, Edmundo, en el mes de Marzo de 1254. (RYMER, *Fœdera*, I, 1, p. 297.)

porque Inocencio quiere apoderarse del reino para sí mismo; su legado obra como amo y señor; el Papa se considera como Rey de Sicilia; ejerce la soberanía directa, olvidando los derechos de Conradino, el heredero legítimo, olvidando los compromisos contraídos con el Rey de Inglaterra (1). Bien pronto las victorias de Manfredo obligaron al Soberano Pontífice á apelar al Rey de Inglaterra; le invita á que tome posesion del reino de Sicilia, como si nada hubiese sucedido contra sus derechos (2). Un historiador favorable al Pontificado no puede ménos de pronunciar la palabra *fraude* para censurar la política tortuosa de Inocencio (3). ¿A qué tiende semejante maquiavelismo? A despojar á un huérfano que el Papa habia tomado bajo su proteccion á la faz de la cristiandad.

Inocencio IV legó su ódio á sus sucesores; recomendó al morir á sus cardenales que hiciesen una guerra á muerte á los últimos Hohenstaufen (4). El papa Alejandro fué un digno heredero de la política de Inocencio IV. Apénas elegido, escribe á la madre y á la abuela de Conradino que su intencion es conservar los derechos del huérfano, y si es posible aumentarlos (5). Inocencio habia engañado á reyes, á hombres; Alejandro engaña á una mujer, á una madre. El analista oficial de la córte de Roma nos lo dice: «Desde su advenimiento, dice *Raynaldi*, Alejandro no tuvo más pensamiento que quitar el reino de Sicilia á los descendientes de Fe-

(1) NIC. DE JAMSILLA *Hist.* (MURATORI, *Scriptores*, t. VIII, p. 507, 510, 512).—El 3 de Octubre de 1254, Edmundo, como rey de Sicilia, da en feudo el principado de Cápua al Conde de Saboya (RYMER, I, 1, p. 308). Y en el mes de Noviembre el Papa hace á Bertoldo marqués de Hohemburch, gran senescal del reino de Sicilia, fundándose en que este reino ha venido á ser propiedad de la Santa Sede. (RYMER, *ib.*, p. 311: *Cum regnum Siciliæ, cum omnibus districtibus et pertinentiis suis, ad apostolicam sedem plene pertineat, sitque ad ejus dominium totaliter devolutum.*)—En Febrero de 1255 Alejandro IV hace concesiones análogas, fundándose literalmente en el mismo motivo (RYMER, *ib.*, p. 314).

(2) RYMER, *Fœdera*, t. I, P. I, p. 312. El acta definitiva de concesion es del mes de Abril de 1255. (*ib.*, p. 316-319.)

(3) CHERRIER, *Hist. de la casa de Suabia*, t. III, p. 393 y sig.

(4) M. PARIS, *ad a.* 1254, p. 772.

(5) Carta del 23 de Enero de 1255, en HORMAYR, *Wiener Jahrbuecher*, t. XI, p. 151, citada por CHERRIER, t. III, p. 403: «*Ejusque pueri jura non solum integra et illæsa servare, immo potius augere.*»

derico y transferirlo al Rey de Inglaterra» (1). Tres meses despues de la carta que conservaba todos sus derechos al jóven Conradino, firmó el Papa el tratado que cedía la corona de Sicilia al hijo del Rey de Inglaterra (2).

El Pontificado no tiene más que un solo pensamiento: el ódio de los Hohenstaufen. Inocencio III acusa de calumnia á los que echaban en cara á la Santa Sede el alimentar la division en Alemania para debilitarla. Estas protestas no han engañado jamas más que á aquellos que gustan de dejarse engañar; debe juzgarse á los hombres segun sus acciones, y no segun sus palabras. Veamos á los papas en sus hechos cuando la muerte del gran Emperador los ha hecho señores del Imperio. Despues de haber hecho elegir fantasmas de reyes por medio de los obispos, mandan á los electores que procedan á una eleccion séria. Los príncipes alemanes se dividen. ¿Qué hace el Pontífice romano? Reconoce á los dos elegidos, reservándose el resolver, despues de haberlos oido, á quién debe pertenecer la primera corona del mundo. Sin embargo, los dos reyes son igualmente impotentes; la Alemania queda entregada á los más espantosos desórdenes, las ciudades se ven obligadas á confederarse para defenderse contra el bandolerismo. El jefe de la cristiandad, el que dispone de los tronos, ¿intervendrá tal vez á fin de restablecer la paz y la union? Deja al Imperio consumirse en las convulsiones de la anarquía (3). Pero algunos príncipes alemanes quieren llamar al trono ilustrado por sus antepasados al último vástago de los Hohenstaufen; entónces el Papa no puede contenerse y exclama: «En esta abominable familia la perversidad del padre se trasmite á los hijos con la sangre. El ejemplo de lo pasado nos dice lo que pueda esperarse de una raza incorregible. El jóven príncipe proviene de una serpiente; una planta venenosa no puede producir jamas buenos frutos» (4). Urbano IV se expresa con la misma violencia que Alejandro; amenaza con la

(1) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1255, § 8.

(2) RYMER, *Fœdera*, t. I, P. II, p. 7, 128.

(3) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, 366 y sig.: 502 y sig.

(4) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1256, § 2-6.

excomunion á todo aquel que auxilie la eleccion de Conradino (1).

Sin embargo, la raza maldita de los Hohenstaufen es tan fecunda en héroes como los papas en pasiones odiosas. Manfredo, si no es heredero legítimo de su padre, es heredero de su genio. Nacido fuera de matrimonio, de madre italiana, no podia pretender el trono de Alemania. Italiano ántes que Hohenstaufen, Güelfo ántes que Gibelino, quiere reconciliarse con la Santa Sede; se deben creer sinceras sus promesas, puesto que el interes las exige. El Papa las rechaza: «Manfredo es de la raza de las víboras, está predestinado al mal» (2). Para vencer al jóven héroe, Urbano ofrece la corona de Sicilia al rey más grande de la cristiandad, á San Luis, y en su defecto á Carlos de Anjou, hermano del Rey de Francia. El piadoso Rey mostró una conciencia más delicada que el Vicario de Cristo; consideraba como un gran escándalo el invadir de este modo los derechos de otro: «¿No pertenecía por herencia el reino de Sicilia á Conradino? Y si podia desconocer su derecho, ¿olvidaba el Papa los tratados que habia firmado y que conferian la corona á Edmundo, hijo del Rey de Inglaterra?» La respuesta de Urbano hace poco honor al jefe de la cristiandad; no ve en los escrúpulos del Rey más que las malévolas sugerencias de los enemigos de la Sante Sede: «¿Por qué no tiene el Rey más confianza en la Iglesia? ¿Puede creer injusta una cosa aconsejada por el Papa y por los cardenales?» En vano se pretenderia buscar en la carta de Urbano razones para justificar una conducta que no se explica más que por el odio; el Soberano Pontífice ha decidido; pues la injusticia se hace justicia, y la violencia se convierte en derecho (3). Carlos de Anjou, que tenía una conciencia ménos timorata que San Luis, se dejó convencer por estos singulares argumentos; aceptó los ofrecimientos del Papa.

(1) RAYNALD. *Ib.*, a. 1262, §§ 7, 8.

(2) «*Regem, tanquam jam prescitum ad malum, Summus Pontifex excommunicationis vinculo innodavit.*» SAB. MALASPINA. *Hist.* II, 7 (MURATORI, *Scriptor.* t. VIII, p. 806 y sig.)

(3) Urbano declara (1263) retirar la concesion que ha hecho del reino de Sicilia á Edmundo porque éste no ha cumplido las condiciones que se le habian impuesto (RYMER, I, 1, p. 428). Clemente IV (1265) hizo una declaracion análoga (D'ACHERY, *Spicileg.*, III, 648). Pero mediaba un tratado, ¿y puede resolverse un convenio por la voluntad de una sola de las partes?

Urbano predicó una nueva cruzada contra Manfredo. En sus manifestos no habla más que de raza venenosa y de culebras (1), pero lo más venenoso es el lenguaje del que se atreve todavía á llamarse Vicario de Dios. El Papa llena de indulgencias á los que tomen parte directa ó indirecta en esta guerra sagrada (2). Jamas se habia hecho tan odioso abuso de las cruzadas. La cristiandad habia tomado las armas para libertar el sepulcro de Cristo, guerra verdaderamente sagrada en el sentido de que no se mezclaba á ella ningun interes terreno. Ahora el Pontificado subleva á los pueblos cristianos para conquistar un reino; las armas de la Iglesia se ponen al servicio de un hombre ambicioso y sanguinario (3). El siglo XIII era todavía católico; sin embargo, la conciencia general se sublevó contra semejante trastorno de todo orden moral; los fieles se admiraban, dice un contemporáneo, de que el Papa les prometiese por derramar la sangre de los cristianos las mismas indulgencias que se les habian prometido por hacer la guerra á los infieles. Los habitantes de la Apulla se indignaron de que el Papa dispusiese del reino de Nápoles en favor de un extranjero, y de que arrojase sobre ellos á los cruzados como si fuesen Sarracenos (4). Casi dan ganas de acusar á la Providencia, que dió la victoria al usurpador. El Santo Padre se mostró tan cruel como Carlos de Anjou. Manfredo, abandonado por los suyos, que le hicieron traicion, buscó la muerte. Conmovidos de la desgracia del jóven héroe, los caballeros franceses rogaron á

(1) RAYNALD. *Annal. Eccl.*, a. 1265, § 26: «*De venenoso genere, velut de radice colubri, virulenta progenies Manfredus...*»

(2) *Epist. Clementis IV*, en MARTENE, *Thesaurus Anecdotorum*, t. II, p. 197: *Italicos et alios fideles ad hoc salutare Jesu Christi exercitus tyrociniuum, non solum pias exhortationibus, sed etiam superabundantibus gratiis invocamus.*—El legajo del Papa dió á los soldados del Conde de Anjou la absolucion de sus pecados, y les prometió el cielo si perecian en la batalla (*Gesta Episcop. Autissiodorens.*, ad a. 1266, en LABBE, *Bibl. Manuscript.*, I, 497).

(3) Sobre Carlos de Anjou véanse los testimonios de sus partidarios los Guelfos, recogidos por RAUMER, t. IV, p. 436 y sig.—SCHOBELL, el más imparcial de los historiadores, dice de él que se le hubiera creído completamente destituido de conciencia, si fuese posible que el hombre pudiese hacer callar enteramente la voz de este juez, sobre el cual no tienen poder las ilusiones (*Historia de los Estados europeos*, t. IV, p. 263).

(4) M. PARIS, *ad a.* 1265, p. 785, 788.

Rey que permitiese que el vencido fuese enterrado honrosamente. ¿Pero cómo dar sepultura á un excomulgado? Se depositó al hijo del Emperador en una fosa abierta al pié del puente de Benevento; cada soldado llevó una piedra á esta humilde tumba. Pero el odio de la Iglesia, más pertinaz que el de los guerreros, sobrevivió á la vida (1). El legado del Papa, bajo el pretexto de que el cadáver de un excomulgado manchaba aquella tierra pontificia, lo hizo sacar de la fosa y arrastrar á las orillas del Garillano; allí abandonó al viento y á la lluvia los restos del que habia sido rey (2).

El Papa, al excitar á los Sicilianos á sublevarse contra Federico II, dice que gemian bajo el yugo de un nuevo Neron; Carlos de Anjou será el ángel libertador: «es querido por todos conceptos de Dios y de los hombres, es el elegido del Señor para la defensa de su pueblo, es la paz de los fieles, la tranquilidad de los reinos» (3). Al día siguiente á la victoria el mismo Papa escribe al vencedor manchado de sangre del saco de Benevento: «Te has mostrado más implacable que el mismo Federico; porque al fin aquel César impío, pero ilustre, poderoso y magnífico, al que Benevento se habia atrevido á resistir, en fin, Federico, habia mandado derruir las murallas de la ciudad, pero no exterminar á sus habitantes. ¿Es de este modo como te humillas ante el Dios de los ejércitos que te ha dado la victoria? Si al ménos tantos horrores hubiesen sido la continuacion de un primer impulso, de una atraccion irresistible!.. pero no, durante ocho dias, has sufrido friamente los atentados de tus hombres de armas» (4). La indignacion del Papa hubiera debido estallar con la misma violencia contra el bárbaro tratamiento de la familia de Manfredo. La reina murió de dolor y de miseria en un oscuro calabozo; su hija estuvo diez y ocho años prisionera y no recibió la libertad más que por canje;

(1) «Los reyes no se vengan más que de los vivos; la Iglesia se venga de los vivos y de los muertos.» VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. LXI.

(2) Carta de CLEMENTE IV, en RAYNALD, *Ann. Eccl.*, a. 1266, § 8. El Papa hace un mal juego de palabras sobre el nombre del rey: «*Carolus, id est carus totus, hoc enim totum significat lingua græca.*»

(3) Carta de Clemente IV á Carlos de Anjou, en RAYNALD, *Ann. Eccl.*, 1266, § 18.

(4) CLEMENT IV, *Epist. ad Reg. Sicil.*, en MARTENE, *Thesaur. Anecd.*, t. II, p. 306.

sus tres hijos fueron tenidos treinta y un años encadenados; despues de este largo cautiverio se les quitaron las cadenas y se permitió que los visitasen un sacerdote y un médico; se ignora cómo murieron: uno de ellos vivia todavía en su prision *cuarenta y tres años despues de la batalla de Benevento!* (1).

El elegido del Señor hizo sentir bien pronto á los Italianos la tiranía de los Neronés. El Papa mismo compara los agentes del rey de Nápoles á ladrones y bandidos: «no se contentan con arruinar al país con exacciones y robos, exasperan á los habitantes con raptos, adulterios, crímenes sin nombre y sin número» (2). Clemente escribe á Carlos de Anjou: «¿No llegan á tus oídos los gritos y los sollozos de los oprimidos? Eres odiado por todos, maldecido por todos» (3). El retrato que hace el Papa del Rey de Nápoles es exactamente el de un tirano: «Se dice que eres inhumano y que no tienes afecto por nadie. ¿Qué es, pues, ese género de vida sino la imágen de la muerte, sospechando siempre de tus súbditos, y siéndoles tú tambien siempre sospechoso?» (4). La opresion provocó la insurreccion (5). Los Italianos buscaron un salvador en la raza venenosa que el Papa perseguia con su odio. Conradino, el nieto de Federico, pasó los Alpes para reclamar la herencia de sus antepasados. Nada más conmovedor que el manifiesto del jóven príncipe de diez y seis años: «A la muerte de mi padre yo era un niño, que lloraba en la cuna y estaba pendiente todavía del pecho de mi nodriza. El Rey por su testamento me puso en manos de la Santa Iglesia, nuestra madre, esperando que me acogeria en sus brazos con caridad. Ahora bien, ved cómo el soberano Pontífice sacrifica á un niño indefenso. Arrastrado por una ardiente codicia, se apoderó del reino de mi padre... Hé aquí cómo, ¡oh dolor! ejerció el

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 493 y sig.

(2) Carta de CLEMENTE IV al rey de Sicilia, en MARTENE, *Thesaur.*, t. II, página 524.

(3) *Codex. manuscript. Vatican.*, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 526.

(4) *Epist. Clement. IV*, en MARTENE, *Thesaurus Anecd.*, t. II, p. 406.

(5) NIC. DE JAMSILLA, *Hist.*, en MURATORI, *Script.* VIII, 609 y sig.: «*Regnicolis igitur ubique per regnum murmuraciones emittentibus et lamenta de aspero et agresti ac importabili dominio Gallicorum.*» C. SAB. MALASPINA, *Hist. Sic.* III, 16 (MURATORI, VIII, 831 y sig.).

Papa la piedad para conmigo! ¡hé aquí con qué decencia cumplió los sagrados deberes de la tutela!... Hoy que los Italianos, hollados por Carlos, me llaman al trono de mis padres, empuño el escudo y la espada. Dios será el juez entre el usurpador y yo» (1).

¿Qué acogida hizo el Papa á aquel niño que no habia cometido más crimen que el nacer? (2). Truena con una violencia inaudita contra el heredero legítimo de los reyes normandos. Las culebras y el veneno siguen siendo el objeto principal de las bulas del Santo Padre: «Un reyezuelo (3) nacido de una raza de víboras infecta con su emponzoñado aliento la Lombardia y la Toscana; envia á otros como él, raza de víboras, hombres pestilentes, para extender la traicion contra Carlos, nuestro muy amado hijo en Jesucristo. Este necio niño, llamado Conradino...» Al ultraje y á la ironía añadió el Papa los rigores eclesiásticos y civiles contra los partidarios del jóven príncipe: sus bienes fueron declarados buena presa, ellos mismos excomulgados y condenados como infames (4). Conradino sucumbió. Entónces el genio duro y cruel de Carlos de Anjou, exasperado por la sublevacion de sus súbditos y exaltado por el fanatismo religioso, se manifestó con toda libertad. Los vencidos fueron tratados como criminales; el vencedor no se contentó con la ruina, con la muerte de las víctimas, sino que buscó suplicios para atormentarlas (5). Nada puede compararse á aquellas horribles venganzas, más que las horribles represalias de las Vísperas Sicilianas. Pero el más horroroso de todos los crímenes de Carlos de Anjou es el asesinato jurídico de Conradino. El tribunal que reunió para juzgar al que era el rey legítimo de sus jueces se decidió en favor del acusado: «Conradino no era un criminal, era un prisionero de guerra; ¿cómo suponer un crimen en el hijo el reclamar la herencia de sus abuelos?» Una sola voz se decidió por

(1) LUNIG. *Codex Diplom. Italic. Append.* (traducc. de SAINT-PRIEST, *Historia de la conquista de Nápoles*, t. III, p. 41-50).

(2) Palabras del manifiesto de CONRADINO.

(3) RAYNALD., a. 1267, § 2: «*De radice colubri venenosi egressus regulus (regulus significa también basilisco) suis jam infectis flatibus partes Tuscia, viperarum genimina, virosque utique pestilentes...*»

(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 540.

(5) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 571-574. — SAINT-PRIEST, *Historia de la conquista de Nápoles*, t. III, p. 200 y sig.

la muerte. Carlos de Anjou no necesitaba más que un pretexto; Conradino fué condenado á perder la vida por medio de la espada. Un grito de horror resonó por toda Europa (1).

El destino trágico de los Hohenstaufen se ha cumplido. Derramemos una lágrima por el jóven héroe, víctima pura que expía las faltas de su raza. Cuando se comparan las brillantes cualidades de Manfredo y de Conradino, con la figura triste y cruel del vencedor, se pregunta con angustia cómo pudo vencer Carlos de Anjou (2). En la lucha de Manfredo y de Carlos de Anjou no debe verse un duelo entre dos individuos; son dos principios los que combaten. Los últimos Hohenstaufen se habian puesto fuera del cristianismo. Manfredo no tenía más sentimiento cristiano que su padre. La opinion pública le acusaba de herejía; en vísperas de la batalla que debia decidir de su porvenir, se le vió consultar á los adivinos y á los astrólogos. El combate entre él y Carlos de Anjou era el de la incredulidad contra la Iglesia cristiana. Para excitar el valor de sus guerreros, el príncipe frances les dijo (3): «Anatematizados y excomulgados, nuestros enemigos combaten bajo las banderas de Satanás, que por la sentencia de la Santa Sede los tiene ya bajo sus garras como vasallos. Nosotros, por el contrario, combatimos en el nombre de Aquel que ha querido sufrir por nosotros hasta la muerte.» «Se trata de la cuestion de Dios, exclamaba el Papa. Espérese su juicio; acepte cada cual y apruebe lo que le parezca bien...» (4)

La historia no tiene más que hacer que explicar los designios de

(1) SAINT-PRIEST, t. III, p. 150 y sig. — RAUMER, t. IV, p. 175 y sig. — Se ha censurado al Papa de haber sido cómplice del verdugo (DE POTTER, *Historia del Cristianismo*, t. IV, p. 272). La complicidad no es más que moral. El biógrafo de Clemente IV encuentra el asesinato jurídico de Conradino perfectamente legítimo (MURATORI, *Script.*, t. III, p. 595).

(2) Un poeta contemporáneo expresa ya este sentimiento de desesperacion; el atrevido trovador, Bartolomé Zorgé, que se atrevió en las prisiones de Génova á censurar el asesinato jurídico de Conradino y de su amigo el Duque de Austria: «Si el mundo se derrumbase, ¡si todo cuanto resplandece quedase en tinieblas, no lo consideraria ya como un desórden desde que Conradino y el duque Federico han sido muertos tan malamente.» (*Historia literaria de la Francia*, t. XIX, p. 570.)

(3) SAB. MALASPINA, *Hist. Sicul.* II, 20; III, 6 (MURATORI, *Scriptor.*, t. VIII, p. 816, 823). — SAINT-PRIEST, t. II, p. 189.

(4) RAYNALD. *Ann. Eccl.*, a. 1266, § 9.